por Helena Beristáin, Bitácora de Retórica, y hubiera privado al estudioso de los textos medievales de un utilísimo instrumento de trabajo: un metatexto que nos ayuda a contextualizar y, por ende, a comprender mejor las obras clave del periodo.

JORGE ALCÁZAR

Poligrafías. Revista de Literatura Comparada 1998-2000

“Lamentarse por la “pérdida del sentido” en la posmodernidad, escribe Lyotard en *La condición posmoderna*, significaría dejarse tomar por la nostalgia, por el hecho de que el saber ha perdido su carácter principalmente narrativo. Esto es una incongruencia” (51). El tercer volumen de la revista *Poligrafías* en su sección de “Teoría” abre de nuevo la discusión sobre el problema de la pertinencia de ciertos conceptos en el pensamiento de nuestro tiempo —en la literatura, la filosofía y el psicoanálisis— y nos obliga a repensar muchas de las categorías con las que hemos venido observando la modernidad. Nostalgia, duelo, memoria, ironía, parodia, son conceptos que por más de dos décadas, desde la aparición del libro de Lyotard, han estado en el centro de la reflexión llamada posmoderna. Justamente, y como lo explica el filósofo, lo que caracterizaría a la posmodernidad no sería ya la nostalgia por la pérdida de los relatos o metarraciones legitimadoras sino la posibilidad, como él mismo escribe, de que “la legitimación no puede venir de otra parte que de su práctica lingüística y de su interacción comunicacional” (70). Así las cosas, el duelo por el pasado sería, en efecto, un trabajo ya realizado de manera particular por el pesimismo de la generación de comienzos de siglo en Viena: artistas con Musil, Kraus, Hofmannsthal, Broch y Schoenberg, al igual que Mach y Wittgenstein habrían ya elaborado todo un trabajo de duelo para dar lugar a otra literatura y otra filosofía que vería en el pasado más un arsenal reciclable que un paraíso perdido.

Los ensayos de Carol L. Bernstein, “A surplus of Melancholy: The Discourse of mourning in Freud, Benjamin and Derrida,” y el de Linda Hutcheon y Mario Valdés, “Irony, Nostalgia, and the

Postmodern” se plantean la necesidad de volver a discutir el sentido de nociones que de alguna manera parecían haber quedado atrás. A los tres autores parece no convencerles del todo la propuesta de Lyotard y, por ello, se ocupan nuevamente de revisar la especificidad de la relación que nuestro tiempo guarda con el pasado, especificidad que delimitaría la idea misma de tradición. La nostalgia, como el gran *pathos* de la modernidad, aparece tematizada en el primer texto como duelo y melancolía. Ciertamente Bernstein no hace ninguna alusión al concepto de posmodernidad, pero su trabajo se ocupa, además de Freud y de Benjamin, de un autor como Derrida que, en términos muy generales, podría ubicarse en este contexto. Lo que resulta interesante es que para la autora, sin embargo, la noción de duelo no lleva la carga de la modernidad sino que viene transformada en una categoría crítica y en una figura poética. De esta manera, la insistencia en el excedente de melancolía en estos tres autores no tiene nada que ver con la nostalgia de un mundo pasado sino con la posibilidad de transubstanciarla en una verdadera y propia categoría de análisis crítico. En este sentido, la nostalgia del relato perdido en la posmodernidad, como dijera Lyotard, también se ha perdido, pero quizás, como lo sugiere el trabajo de Derrida sobre Marx, ésta regresa una y otra vez en forma de fantasma. “Donde el análisis es interminable para Freud, escribe Carol L. Bernstein, el trabajo de duelo es inacabable en la descripción de los espectros para Derrida” (20). De esta manera, la autora bosqueja aquí de manera por demás sugerente un nuevo escenario para la melancolía y el duelo.

El diálogo que establecen Linda Hutcheon y Mario Valdés gira a su vez alrededor de los conceptos de nostalgia, ironía y parodia. Sorprende en este caso la insistencia en que la posmodernidad, al menos en boca de varios pensadores aquí citados, se piense como pura nostalgia. En cambio, lo que ambos autores buscan rescatar en este texto es justamente la idea de que lo posmoderno no pasa por una nostalgia sin más, ésta, como tal, habría sido ya concluída y superada por la modernidad. Para ambos, en cambio, se trataría de pensar más en una nostalgia irónica y paródica que permitiría justamente crear una distancia, mirar desde una perspectiva distinta. Ciertamente, como escribe Mario Valdés, existe una tensión entre la

ironía y la nostalgia y su análisis del cine español, en especial del cine de Almodóvar, lo muestra de manera clara. El énfasis en la ironía y la parodia dan a la relación con el pasado una cualidad propia y diferenciada; lo nostálgico ya no es lamento por una pérdida, sino juego, simulacro, humor.

Por otra parte, me parece interesante rescatar dos de los artículos que aparecen en la misma sección de Teoría: el de Jorge Alcázar sobre "Harold Bloom y el problema de los cánones literarios" y el de Ana María Martínez de la Escalera sobre "La retórica y la sabiduría humanística del Renacimiento". Aparentemente sin relación alguna con los primeros dos, éstos se plantean desde diversos lugares el problema de la tradición. Jorge Alcázar revisa el canon propuesto por Harold Bloom, quien a su vez lo construye siguiendo su propia teoría de la influencia. Obsesión de todos los tiempos, pero quizá más aún en este fin de siglo, la necesidad de establecer cánones literarios que nos permitan entender nuestro tiempo se ha convertido en un lugar bastante frecuentado por los críticos. Y es éste el trabajo de Bloom, obsesionado por aplicar su propia teoría de la influencia para comprender la aparición, por ejemplo, de una de las ciencias que marcan al siglo xx: el psicoanálisis. Como él mismo escribe: "My interest in Freud comes from the increasing realization that Freud is a kind of codifier or abstractor of William Shakespeare" (62). El trabajo crítico de Jorge Alcázar resulta valioso en un momento en que, en efecto, nos vemos obligados a mirar atrás y reconocer ese mundo de la literatura que ha forjado nuestro presente.

Leer nuestro siglo no es sólo volver los ojos al 1900 sino, como lo hace Ana María Martínez de la Escalera, y con justicia, revisar el momento en que el Renacimiento produjo el primer esbozo del pensamiento moderno. Nuestras modernas teorías del lenguaje surgen justamente en ese momento de la historia en que, como lo plantean Marcel Detienne y Jean Pierre Vernant, el acontecimiento que marcó la sabiduría occidental fue justamente el proceso de secularización del lenguaje. En este sentido, la necesidad de reconsiderar el estatuto filosófico del humanismo, como lo propone la autora, es hacerle justicia a la preocupación humanística por el lenguaje que fue mucho más allá de una simple revolución estilística. El estudio sobre la retórica de Dante viene así a responder a la descalificación

que se ha hecho del Renacimiento como época significativa de la historia de la filosofía y, en última instancia, a darle un estatuto que nos permite y nos permitirá seguir leyendo nuestro tiempo desde ángulos y perspectivas distintas.

Si tuviera que definir el interés de estos cuatro textos, diría, en términos ciertamente muy generales, que encuentro en todos ellos una preocupación: cómo nos miramos hacia atrás, cómo nos hacemos de un presente, porque sólo aprendiendo a construirnos con categorías justas seremos capaces de edificarnos un porvenir.

ESTHER COHEN